

EL RIESGO BROMISTA. ENTRE TERRITORIOS, DEÍCTICOS Y VALORES “POST”. A PROPÓSITO DEL ÚLTIMO LIBRO DE JOSEFINA LUDMER

Hernán F. Pas*

I.
En la entrevista que, hace ya tres años, ofreció al suplemento *N* de *Clarín* (01/12/2007), Josefina Ludmer comenzaba diciendo que ya no hacía más crítica literaria y que esperaba que su próximo libro, por lo tanto, no se incluyera en los estantes que destinan a esa disciplina las bibliotecas universitarias. Por entonces se conocían algunos breves adelantos (el de más difusión y polémica llevaba por título “Literaturas post-autónomas”, pero también se publicó una versión de “La ciudad en la isla urbana” como “territorios del presente” en la revista *Confines*, 2004), de los cuales no podía inferirse el pleno sentido de esa declaración. Aún en el más polémico Ludmer trabajaba con novelas de Aira, Link, Casas, Moreno, etc. Es decir, hasta entonces pura literatura –por más que en su lugar se hablara de “escrituras actuales de la realidad cotidiana”, que supuestamente esas escrituras borrarán la división entre realidad y ficción, o que no admitieran “lecturas literarias”. Por lo demás, el planteo de ese ensayo –publicado en *Ciberletras* y discutido profusamente en la web– aún se sustentaba en ciertas categorías de la crítica literaria (o, mejor: en ciertas categorías que la crítica argentina venía discutiendo con cierta fruición) como “valor literario”, “autonomía”, “realismo”, “ficción”, “poder crítico”, entre otras.

Al aparecer este año el libro tan anunciado, la declaración de Ludmer finalmente puede ser cotejada. Y puede que al ordenador bibliotecario le ocurra algo módicamente distinto al anhelo de su autora y le allane, como a cualquier lector confiado, el desconcierto. Porque, en verdad, *Aquí América Latina. Una especulación* es un libro que desconcierta. Para ser justos, desconcierta porque es un libro desconcertado. Tanto, que lo mínimo que podría decirse es que hay dos libros en uno. Un libro que en ciertas zonas todavía seduce y produce genuina cavilación, que es capaz de proponer formas más o menos sagaces de pen-

samiento; y otro que manifiesta palmaria-mente lo que se pierde cuando las formas básicas de la crítica se diluyen en la lógica arbitraria del recurso impresionista. Ambos forman parte del mismo objeto libro. Pero el primero se reduce a algunos momentos de la segunda parte, mientras que el segundo comienza con las primeras palabras en forma de pregunta: “¿Cómo especular desde ‘aquí, América Latina’? ¿Qué palabras y formas usar para pensar o imaginar el nuevo mundo?” (17) y se extiende generosamente en el segundo.

Además de la obstinada reedición del concepto “nuevo mundo”, que aparece con insistencia a lo largo del ensayo (“Cada territorio (cada posición territorial) es una noción, una imagen y un régimen de sentido para pensar el nuevo mundo”, 122), acreditando perspectivas como las de Toni Negri o Arjun Appadurai que poco agregan a la biblioteca más canónica sobre el tema, además de eso, deberíamos preguntarnos si el *desde aquí*, al contrario de lo que permitiría conjeturar esa construcción adverbial, no es un signo previsible de una posición exterior y exteriorizada, si el deíctico, que atraviesa toda la especulación del libro, no oficia con demasiada naturalidad de epicentro, tomando la segunda fórmula del título, esto es, América latina, en una entidad subsidiaria o en meramente una excusa. Porque además de que el “aquí” del título tiene una referencia acotada: Buenos Aires, “el tiempo del 2000 en Buenos Aires” (59), los motivos de reflexión responden en su mayoría a inquietudes que, ya siendo artísticas (la narrativa ficcional y el auge de la novela histórica, el mercado, la poesía “de los 90”, etc.), ya intelectuales (globalización, neoliberalismo, colonialismo, dominación, etc.) por lo general no exhiben una decisiva incidencia de la realidad o discursividad Latinoamericana que oriente o reoriente el encuadre epistémico de su cadena reflexiva. A pesar de que en determinados momentos escrituras de otros países latinoamericanos secundan el argumento del libro, las mismas quedan

* (La Plata, 1974). Doctor y licenciado en Letras de la Universidad Nacional de La Plata. Publicó el libro *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)* y varios artículos en revistas especializadas sobre literatura y cultura del siglo XIX y sobre literatura y poesía argentinas contemporáneas.

aplanadas por la lógica del discurso informativo (como en la página 93 cuando se constata que la idea de una política literaria no nacional se hace presente también en el Grupo del Crack de México). Y si bien algunos pasajes de la segunda parte (el que versa sobre los tonos antinacionales de la narrativa, el que configura la fórmula “isla urbana” o el dedicado a la lengua) ofrecen interesantes lecturas de narrativas contemporáneas latinoamericanas, la fuerza de esas lecturas queda percutida por la generalidad de las premisas y la sofocante insistencia degradada del *in-between* (una cosa es el tono antinacional que Ludmer constata en esas obras, otra el que ese tono sea compatible con el patrón de cierta tendencia post que en el libro se prescribe con la figura polivalente del “adentro y afuera” (137); una cosa es describir la imaginación de la degradación en el sujeto migrante, “como si la mierda fuera la sustancia orgánica del inmigrante ilegal” (183), otra el modo en que esa descripción se conecta con el imaginario público: habiéndonos quedado claro durante las 180 páginas que anteceden a esa cita que el régimen de sentido es lo real/virtual, lo intimopúblico, la realidadficción, nos enfrentamos con esta acotación a la cita precedente: “al boliviano le dicen ‘negro de mierda’ en la Buenos Aires de *Bolivia*” (183). Negro de mierda, bolita, bola de fraile, boliguayo, negro bolita, son algunas de las muestras lingüísticas del racismo que reinvirtió el característico gentilicio “cabecita negra” imputado a la plebe peronista (y al que apela de modo admirable un cuento homónimo de Rozenmacher) para referirse a la inmigración sudamericana y que todos hemos escuchado usar... *en* las calles de Buenos Aires y hasta canturrear con banderas y bombos en los estadios de fútbol. Si la película de Caetano transfiere ese código para reencauzarlo artísticamente, ¿estamos frente a otro modo del adentro/afuera y de la realidadficción, como pretende el ímpetu argumentativo del libro, o es más bien un clásico ejemplo de la intersección entre arte y sociedad?

Es cierto que Ludmer utiliza diferentes íncipit: *aquí, desde aquí, aquí en, o desde* América latina. Sin embargo, en todas las variantes, como una cadencia tanguera y rioplatense, el fulgor de Buenos Aires abruma la referencia deíctica. Algo que, instigado por el auspicio del título, cualquier lector, desconcertado pero finalmente lúcido, no tardaría en colegir con cierta decepción. Esa experiencia decepcionante, que va del título al contenido del libro, para quienes hemos encontrado en Ludmer ejemplos elocuentes de procesar la teoría y de producir crítica en textos como *Cien años de soledad. Una interpretación* o *El género gauchesco. Un tratado sobre la*

patria, que mantienen vigencia justamente por el modo en que teoría y crítica se articulan (la pregunta no sería, entonces, la que abre este nuevo libro, ¿qué palabras y formas usar...? sino ¿de qué modo?), esa experiencia, decimos, también va de la teoría enunciada, implícita o explícitamente, a la crítica formulada. Claro que no literaria, porque se trata de otra cosa. Pero qué sea esa otra cosa y para qué sirve (para “dar la vuelta al mundo”, afirma Ludmer, 13) son preguntas que exceden la antigualla gremialista de los críticos literarios y se instalan en el centro del pensamiento crítico sin adjetivos. O científico, que era el modo en que Marx denominaba, como se sabe, el pensamiento desnaturalizador para oponerlo a los prejuicios de la doxa dominante.

II.

El libro de Ludmer está dividido en dos partes. La primera titulada “Temporalidades”, armada con las anotaciones de un diario íntimo y sabático que se extienden desde el 25 de mayo hasta el 31 de diciembre del año 2000, y la segunda “Territorios”, que se abre con la lectura de la ciudad latinoamericana como isla urbana y concluye con una reflexión sobre el imperio a través de la lengua (quizás sea en el subapartado “El territorio de la lengua”, del apartado o capítulo denominado “Imperio”, pp. 186-215, donde se encuentre lo más interesante de la propuesta de Ludmer: allí la categoría analítica de la lengua como territorio cobra una singular inflexión en contraste con las páginas previas y, si bien muchas de las ideas desarrolladas penden, como reconoce la propia autora, de los trabajos de José del Valle, Ludmer demuestra su capacidad de lectura incisiva leyendo y poniendo en diálogo varias novelas y relatos en los que la lengua cumple un rol determinante). Desde el comienzo, se nos advierte que la especulación del subtítulo es una forma de la imaginación crítica, que toma ideas de todas partes y las utiliza para crear un nuevo modo de leer. No obstante, ese nuevo modo de leer retiene algunas lógicas formales que ya habían aparecido en previos libros cuyo subtítulo no era el de la especulación, sino el del tratado o el manual. Una de ellas es la opción por categorías analíticas generales (cadenas, series y anillos para adentrarse en la gauchesca, la figura del delito como instrumento crítico, y ahora el tiempo y el territorio como conceptos articuladores globales).

Las temporalidades de la primera parte se inscriben en lo que Ludmer llama “tiempo cero”, algo así como el corte temporal que inaugura la nueva era, el nuevo mundo, los nuevos modos de leer y de escribir, las nuevas experiencias (laborales, comunicacionales, afectivas) del nuevo tiempo. Uno podría pensar, con justeza, en el emblemático año 89. La caída del muro

de Berlín ha sido, en efecto, el fenómeno por antonomasia representativo de una nueva configuración geopolítica a nivel mundial. Sin embargo, el tiempo cero en *Aquí América Latina* es el año 2000. Habría que preguntarse los motivos de ese desplazamiento (Como enseguida veremos, el juego de las temporalidades no queda claro en el libro de Ludmer). Tiempo cero del año 2000: año milenarista en que supuestamente el sistema computacional entraría en debacle, en que estallan las arquitecturas represivas de la economía neoliberal (enquistadas, como cualquiera comprende si necesidad de recurrir a Fanon, en el consabido artillugio de las prebendas con que las élites del poder económico y político local pautaron los condicionamientos de los organismos financieros con sede en Washington), en que la comunicación vía internet cambia la experiencia de vida de miles de millones en el mundo y en que... Josefina Ludmer llega y se instala en Buenos Aires.

Si lo que Ludmer intenta significar es un conglomerado de problemas que involucra principalmente a Latinoamérica, ese conato da la sensación de llegar tarde. No en términos cronológicos, sino espaciales: de territorios. ¿Cuáles son los territorios del saber crítico recorridos por este libro? Los nombres que más brillan son los de Negri, Virno, Bhabha, Agamben, Sassen, Appadurai. Nombres, en definitiva, acordes con los temas tratados en el libro: globalización, neoliberalismo, imaginario público, memoria, identidades, diáspora, multitudes, imperialismo, nacionalismo. No obstante, Ludmer pasa impávidamente por alto las producciones críticas de Latinoamérica (hablamos de crítica sin adjetivos, no de crítica literaria que, como se sabe, no es tema ni método ni interés de este libro), producciones que abordaron con mayor o menor rigurosidad problemas similares desde ópticas disímiles, pero a las que vale la pena prestar atención cuando se habla de globalización e imperialismo en América latina, como, para dar sólo algunos ejemplos, los trabajos de Walter D. Mignolo, quien en *Historias locales/diseños globales* abordó el problema del poder global en Latinoamérica desde la perspectiva de una semiosis colonial en confrontación con el régimen epistemológico occidental, de Grinor Rojo, quien elucubra en *Globalización e identidades nacionales y postracionales* un modo distinto de pensar los efectos de la globalización económica y financiera polemizando implícitamente con Mignolo, de Abril Trigo, quien en *Memorias migrantes* trazó un vasto y agudo panorama de los estertores padecidos por la modernidad periférica bajo la globalización (basado en la experiencia uruguaya, pero que con más razón

se aviene al *aquí* bonaerense y porteño de muchas de las páginas de Ludmer), de Roberto Schwarz, en fin, que con el ensayo "Las ideas fuera de lugar" propulsó hace varias décadas un debate cuyo núcleo problemático aún hoy mantiene vigor.

No se trata de lo discutibles que puedan ser algunos argumentos o textos de, digamos, Virno o Agamben (*Infancia e historia*, de este último, puede pasar por un libro correcto y no mucho más). Se trata del desfase entre los argumentos y las situaciones que esos argumentos o textos deberían pretender azucar, tonificar, o en parte iluminar. Cuando leíamos a Homi Bhabha todavía en su idioma original sabíamos que categorías como *in-between* funcionaban mejor aplicadas a discursos textuales integrados por cierto canon historiográfico nacionalista (es decir, con un uso textual que los críticos del norte llaman *close-reading*) o como modo de no perder las sutilezas de la metacrítica (allí donde Bhabha reconvenía, por ejemplo, la noción de tiempo-homogéneo de Benedict Anderson), digamos, más como una herramienta de trabajo crítico que como una *teoría* en sí misma capaz de penetrar y explicar con suficiencia la hegemonía del discurso globalizado (entre cuyas cabezas de medusa la ecología y el racismo conquistan más territorios y afectos que cualquier otro discurso colonialista, como lo demostró el grotesco y fatídico *western* que montó G. W. Bush tras el 11 de septiembre). Sin embargo, Ludmer acude a Homi Bhabha por este último camino: "Los cortes generan lagunas temporales, algo como el jet-lag cuando se viaja en avión; Homi Bhabha (*The Location of Culture*) lo llama 'time-lag'. En la laguna temporal se hace nítido el círculo de las políticas imperiales. Se nos corta el tiempo desde afuera y desde el estado, se corta algún proceso, y se nos define como temporalmente diferentes según una historia desarrollista, en etapas, que es la historia del capitalismo y del imperio concebidos como modernidad, civilización y continuo progreso" (27). Y agrega: "América latina, en esa cronopolítica, está siempre en una etapa temporal anterior, atrasada o 'emergiendo' en relación con lo ya constituido" (idem). ¿Cuál es el interlocutor que prevé Ludmer para ese párrafo? Alguien cuya disciplina o trabajo lo prive de reflexiones semejantes. O alguien que simplemente no haya leído a Bhabha. De acuerdo. Pero, en cualquiera de los dos casos, ¿se justifica la cita plana de Bhabha para explicar lo que hasta el revisionismo más pertinaz ha explicado con distintas variantes (la de Abelardo Ramos en *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, purgada de los extemporáneos tópicos nacionalistas, hasta podría funcionar de auxilio legítimo). Qué decir de reflexiones como las

de Ángel Rama, Julio Ramos, Gregorio Weinberg, Walter Mignolo, J. C. Mariátegui y aun César Vallejo, quien en sus intervenciones en torno a los ismos de las vanguardias supo dilucidar como pocos en su momento los maniqueísmos, futilidades y desigualdades del cosmopolitismo de mercado. Todos hemos descubierto un punto (a veces un océano) en el que las teorías post no hacían más que replicar inflexiones y situaciones conocidas de larga data. Ludmer, por supuesto, también, y por eso acude inmediatamente a Alfonso Reyes (“llegamos tarde al banquete de la civilización”). Pero ese es un gesto que, como mínimo, peca de displicente. Salvo que los lectores que pretenda Ludmer se parezcan más a los contemporizadores televisivos que a los lectores potenciales que prevé su prestigiosa firma. Insisto con esto: toda la primera parte del libro de Ludmer da la sensación de llegar tarde. Lo cual se conecta, asimismo, con el tema de las temporalidades.

Incomoda, al menos, que tratándose de un libro cuya primera parte se dedica a trabajar sobre las temporalidades en ficciones de distinta índole no se termine de percibir con precisión el anclaje temporal de muchos de sus argumentos. No es que se deba al género de la especulación, el cual “toma ideas de todas partes y se apropia de lo que le sirve” (10), o bien: “consiste en dar una sintaxis a las ideas de otros y postular un aquí y ahora desde donde se usan” (Ídem) (cualquiera de esas dos definiciones, pero sobre todo la primera, ¿no explica un modo de entender la cultura bastante conocido y utilizado por letrados periféricos como Sarmiento? ¿no era eso lo que postulaba el sanjuanino para su empresa editorial chilena, cuando redactó el primer diario de Santiago, es decir tomar de los diarios extranjeros lo que le sirviera y reeditarlos en su propio periódico?; parece claro que lo que en esas primeras páginas se presenta como un nuevo modo de leer acorde al nuevo tiempo dictaminado por la era global-mundial-virtual/real no es más que una vieja estrategia presentada, como se dice de la cosecha de ciertos tónicos, en odres nuevos), no es que se deba a que la especulación postula un universo “real virtual” (11) y al mismo tiempo un modo de “entrar a la fábrica de la realidad por la literatura” (12) y que entonces debamos suspender, como pedía Coleridge para su poemas, voluntariamente nuestra incredulidad frente a las argucias recurrentes del texto de Ludmer. Es la propia *forma* del diario íntimo la que termina por opacar la pretensión sugestiva de su especulación. En varias ocasiones Ludmer insiste en hablar de las “temporalidades de Buenos Aires año 2000” (117) no con una formulación abstracta (donde indagar algunas sincronías de la literatura latinoamericana contemporánea, por ejemplo)

sino mediante una deixis situada: “hoy, 30 de mayo del 2000” (113) o “A veces, en el 2000, me atacaba el aburrimiento” (38). De modo que estamos frente a un diario de apostillas y reflexiones pretendidamente liadas al fenómeno de la experiencia. Ahora bien, si entendemos experiencia no como una construcción discursiva inconmensurable, sino como un tipo de experiencia subjetiva narrativizada (que Walter Benjamin distinguiría con el nombre de *Erfahrung*, para diferenciarla de la experiencia, digamos, vivencial, o *Erlebnis*), es decir una experiencia relativamente integrada, es más que oportuno preguntarse cuál es la franja temporal que enmarca dicha experiencia (como *Erlebnis* y como *Erfahrung*). Sobre todo si se nos ofrece un cuaderno de notas que insiste en situarse categóricamente. Porque de lo contrario caeríamos no en la ambivalencia –zona de hilaridad para el mecanismo ficticio–, sino en el más absoluto contrasentido. En la entrada del “miércoles 31 de mayo”, Ludmer apunta la marcha encabezada por Moyano contra el ajuste tarifario, y liga esa experiencia a una reflexión de Paolo Virno sobre la *Gramática de la multitud* que, pertinente o no, la lleva a concluir: “la desobediencia civil anunciada por Moyano en el 2000 se hace visible en el 2001. Primero hay que pasar por el fin de la creencia en la representación” (32). Es decir que esa entrada se escribió, por lo menos, después de diciembre del 2001. Otro ejemplo: entrada del “sábado 10 de junio”: “Veo *Esperando al mesías* de Daniel Burman, una especie de adelanto alucinatorio del derrumbe de diciembre 2001 como robo futuro” (67). Por supuesto que, parte de la argucia, tiene que ver con un planteo macro, el del prestidigitador, el que se desliza como un *snowboard* del tiempo por el espacio público del decenio 2000. Hasta podrá acotar entre paréntesis: “y esto desde hoy, 2009...” (69) ¿Por qué entonces insistir con la *forma* del diario, si no se abandona el patrocinio que otorga esa prolepsis interpretativa? ¿Acaso porque el valor de un diario íntimo, o diario sabático, o cualquiera de esas formas de escritura yoística que hoy cunden en ciertas zonas de la literatura argentina y cuyo empachado prestigio nos abstiene de más comentarios reside en eso, en ser “literatura” (o lo que Ludmer llamaría “realidadficción”)? No me interesa discutir aquí los sentidos de lo que se entiende por “literatura” (una discusión desde ese ángulo puede verse en “La literatura y sus restos” de Miguel Dalmoroni, publicado en www.bazaramericano.com), pero si leyéramos el libro de Ludmer no como un ensayo crítico sino como una ficción crítica, entonces habría que decir que en ese terreno la ponderada ambivalencia (“este territorio conceptual, como casi todas las nociones que se usan en este libro, es ambivalente”, 188-189), produce el

efecto de lisiar la ambición. Ni una cosa, ni la otra, el libro de Ludmer transita la insustancial vara del medio camino y lo hace alegremente, como desentendiéndose de la mordacidad que sabe transmitirnos la labia popular con su fabuloso apego a la concisión: ni chicha ni limonada.

III.

Sin embargo, hay un beneficio al que Ludmer suele recurrir y que el diario implosiona: la suspicacia bromista. El derrotero solaz siempre puede ser sutil y bienvenido, y a veces hasta necesario. En este caso se ofrece en el discurrir “como si”. Como si “viviéramos” los encuentros de Ludmer con sus amigos escritores, editores o poetas. Como si compartiéramos lo que dijo fulano, lo que opinó o refutó mengano. En fin, habrá a quien esas escenas o escuchas lo seduzcan (siempre hay una cuota del más pueril y desvirtuado voyerismo intelectual, quizás simplemente se trate de lecturas amistosas, al menos eso parece confirmar el prodigioso auge de las “intimidades públicas” y las libretas de ocurrencias colgadas en la web (en nuevo paréntesis: dudo de que éste sea el resultado de la velocidad comunicacional instaurada por la Internet; me inclino a creerlo más vinculado a la tradicional fama que la televisión expandió allá lejos y hace tiempo)). En todo caso, nos encontramos en una zona de interacción distinta. Algo así como una prosa menos grave o académica que, si en casos anteriores como en *El género gauchesco* o *El cuerpo del delito*, era absorbida por la lógica epistémica y la sintaxis ensayística, en *Aquí América latina* intenta serlo por una expresión de lo cotidiano, lo ameno, lo que transcurre en una mesa de café, en un restaurant o en un parque público. También es cierto que esa inflexión es coherente con uno de los postulados del libro: el de que “la imaginación pública sería un trabajo social, anónimo y colectivo de construcción de la realidad” (11) y el de que “lo público es lo que está afuera y adentro, como intimopúblico” (ídem). Pero aquí cabría preguntarse, ¿candidez o irreverencia? Hace ya muchos años —por lo menos desde que los estudios de género comenzaron a ganar espacio en la década del 80— que sabemos que lo público y lo privado, el espacio interior del *domus* y el exterior de la *polis* siempre estuvieron intercomunicados y, cual cinta de *moebius*, intrínsecamente ligados entre sí y que la división entre estado y sociedad civil, por un lado, y esfera pública y privada, por el otro, no fue más que una construcción política moderna que ancló sus fundamentos en confrontación con viejas teorías del derecho de gentes ligadas al corporativismo medieval. ¿Sigue siendo productivo, entonces, utilizar en pleno siglo XXI

la vulgata de que lo íntimo es público y viceversa?

Por lo demás, durante todo el libro se tiene la impresión de que “imaginación pública” es un analogon o sucedáneo de imaginario público (por ejemplo, cuando se dice: “La familia Maure de *Los Cautivos*, la del Campo y la del Desierto, estaban en la realidad y no solo en el teatro y en las ficciones nocturnas del 2000”, p. 70). Ante los lances del zigzagüeo bromista (casi todo es ambivalente) es justo advertir la diferencia entre indefinición e imprecisa explicación. Con posterioridad al clásico estudio de Habermas, rigurosos trabajos como los de K. M. Baker, Mona Ozouf, Sarah Maza o Robert Darnton han reexaminado la construcción histórica de la llamada opinión pública —y, por corolario, del espacio público—, demostrando que la diversidad de agentes y circuitos de expresión nunca pudo redundar en un todo comunitario y homogéneo como ha sido tratada con frecuencia la figura de la opinión civil. Por lo tanto, aun en la era de las nuevas tecnologías de la comunicación, no todos tenemos la capacidad de mediar en esa esfera, de “fabricar realidad”, de intervenir en la creación del imaginario público, o al menos no todos tenemos las mismas capacidades (ya no en términos chomskianos sino en términos de orden político, crítico y simbólico). Cuando Ludmer escribe: “La memoria urbana es una experiencia pública compartida, una historia en presente que registra los acontecimientos del Salón Literario y del fantoche de Oliverio en el mismo nivel de realidad que nuestras cenas con Tamara, César, Arturo y Osvaldo. En la memoria intimapública de la ciudad todos somos contemporáneos” (114): ¿a qué totalidad atribuye esa memoria compartida? Apuntemos, de paso, para finalizar este excursus, una de las más tempranas revisiones a la teoría habermasiana de la comunicabilidad pública que, en manos de Oscar Negt y Alexander Kluge, tiene la feliz virtud de retener la visión crítica de la Escuela de Frankfurt sin condescender al dogmatismo adorniano. En ese punto, Negt y Kluge, sin embargo, son contundentes: “la construcción de la esfera pública deriva toda su sustancia de la existencia de dueños de la propiedad privada” (*Public Sphere and Experience*, 1993, p. 10). Un buen análisis que podría haber intercedido en la brumosa concepción de lo *intimopúblico* y aportado, a su vez, el tamiz necesario contra la cínica futilidad del anecdotario, como lo muestra la siguiente cita, perteneciente a la entrada del “Domingo 12 de noviembre”, que transcribo: “Cena con Ariel Schettini. ¡Felicidad! Tema: la sumisión. Comemos en un restaurant vietnamita: él cerdo y yo pescado, y conversamos sobre los pobres y la sumisión” (103). Si ante esta frase el lector puede que

sienta una vaga perturbación culposa frente al exhibicionismo temerario, cuyo antídoto recae sin opción en la expectativa de la conversación, al dar vuelta la página se sentirá libre de todo cargo y legítimamente defraudado, porque lo que sigue cumple con todas las variables de la sosa frivolidad y nada, ni siquiera el intento fallido de la metáfora del perro (¡de Schettini!) y la esclavitud valida el tema anunciado.

IV.

Quizás porque se trata, justamente, de la falta de validación en la literatura contemporánea o de los años 2000. Pero una cosa es el valor literario, en términos estético-formales, y otra el valor ético de la escritura. Una cosa es sostener, como hace Ludmer, que las nuevas escrituras ficcionales no conciden con lecturas "literarias" y pierden especificidad y valor literario, y otra muy distinta es suponer que, en el caso de que esa hipótesis sea cierta, la ética de la escritura (ficcional o no) se diluya en el marasmo de la impropiedad o de la "realidadficción" (hablamos de una ética de la escritura como rasgo o cualidad formal y no como una función o prescripción moral o ideológica previa). Dicho esto, hay que admitir que la tesis sobre literaturas postautónomas posee ciertos momentos de indiscutible sacudimiento. Aunque no tanto en su parte positiva y propositiva, sino por el contraste de lo que enuncia. Ciertamente, es fácil notar que la noción de autonomía ha sido y seguirá siendo una entelequia, un horizonte abstracto, y que ha sido y sigue siendo —aunque se disfrace con distinta terminología— un modo de operar en el campo de la literatura. En este sentido, es elocuente la algarada que produjo esa tesis en el circuito de la crítica argentina. Como también lo es

el hecho de que mucha, muchísima "literatura" que colma hoy los escaparates de las librerías responde más o menos fidedignamente, como escribe Ludmer, a "la forma del testimonio, la autobiografía, el reportaje periodístico, la crónica, el diario íntimo" (151) (Y acá habría que abrir otro paréntesis y no dejar pasar el trance últimamente visible de cierta tendencia de la crítica actual a embadurnar sus argumentos con tonos tertulianos, cercanos más a la verba afectiva de una escena de *coffee-house* que a la lógica argumentativa, una suerte de yuxtaposición entre el orden sentimental y el orden de las ideas que se sostiene en la vacua creencia de una escritura absorbente —que Ludmer llamaría con justeza "intimapública"— cuya pretensión de experiencia suele en cambio dejarnos absortos ante los tics de un narcisismo tan afectado como colegiado).

Lo que cabría preguntarse, entonces, es si la base de sustentación de esas escrituras no es, como lo fue con otros géneros y en otros tiempos, producto de la moda y de las consabidas sutilezas mancomunadas que confeccionan la agenda del mercado editorial y de la crítica. Preguntarse, en fin, si la vena yoística de esas escrituras no representa —como el rock barrial, la novela histórica o las tiras televisivas de lo doméstico— un momento más de estandarización procedimental incitada que de una legítima ambición de superar la medianía (como algunas de ellas pueden ser y son leídas), rasgo este último que aparecería como marca indubitable del Arte. Porque, en definitiva, y esta es una pregunta que aunque Ludmer no formula emana de su tesis, ¿con qué instrumentos se mide el atisbo de una desmesura? O mejor: ¿quién nos dice la legitimidad de esa ambición?

A partir de la lectura del recientemente publicado libro de Josefina Ludmer, *Aquí América latina. Una especulación* (Eterna cadencia, 2010), este artículo discute el tratamiento de algunos temas y la pertinencia de algunas categorías analíticas propuestas en el libro, como "autonomía", "post-autonomía", "imaginario público", "experiencia", indagando, asimismo, el problema implícito en la tesis de las literaturas postautónomas, visible también en el giro intimista de cierta literatura argentina y latinoamericana contemporánea.

Palabras Clave: Ludmer – Crítica – Literatura – Experiencia – Postautonomía – América Latina

From a reading of Josefina Ludmer's recently published book, *Aquí América latina. Una especulación* (Eterna cadencia, 2010), this article discusses the author's treatment of some issues and the appropriateness of certain analytical categories she proposes, such as "autonomy", "post-autonomy", "public imaginary" and "experience", exploring, likewise, the problem implicit in the hypothesis of post-autonomous literatures, also visible in the "intimate" turn of some contemporary Argentinian and Latin American literature.

Key Words: Ludmer – Criticism – Literature – Experience – Post-autonomy – Latin America